

El que fue más lejos

Periodismo. Se publica la obra completa de Chaves Nogales, el legado de un aventurero de la palabra

Por Antonio Lucas

LO MEJOR DE Manuel Chaves Nogales es que ejerció de periodista puro, pero confeccionó su escritura apoyado en las mejores bastardías. No es un hombre contorneado por el canon, sino convencido de estar un poco fuera de todo. Siempre hay camino al

margen del senderito marcado. Impulsó una modernidad de hacer periódicos que sólo era suya y encontró después algunos compañeros de viaje en el cofre maravilloso de los diarios del primer tercio del siglo XX: Benavides, Camba, Pla, González-Ruano, Josefina Carabias, Ramón J. Sender... De todos ellos, Chaves Nogales fue el más aventurero, el más

arriesgado, el más sorprendente, el más escapista y el más incómodo. Facultades peligrosas.

Ha costado muchos años, inexplicablemente, recobrar su obra, darle sitio, nuevo pulso. Comenzó María Isabel Cintas, siguieron Andrés Trapiello y Abelardo Linares, también Antonio Muñoz Molina, y después tantos otros. Chaves Nogales aún es más citado que leído.

De ahí que la aventura de Libros del Asteroide pueda ser la travesía definitiva para traer al autor de *El maestro Juan Martínez que estaba allí* hasta un tiempo sin polvo. La editorial que dirige Luis Solano encargó al exquisito editor Ignacio F. Garmendia –también al frente de la antología de textos publicada con motivo de la gran exposición que la Junta de Andalucía le dedica estos días en Sevilla– una operación a vida o muerte: poner en limpio todo lo conocido de Chaves Nogales y sumarle lo que aún quedaba inédito en libro, disperso en decenas de publicaciones que amarilleaban en hemerotecas. El resultado es fastuoso: la *Obra completa*. Una caja de cinco volúmenes que suman más de 3.600 páginas de libros, artículos, crónicas y reportajes como *La agonía de Francia*, *Juan Belmonte*, *Los secretos de la defensa de Madrid* o las entrevistas a Goebbels –«ridículo e impresentable», escribió–, a Churchill, a Trotsky. Además de 68 textos

inéditos, y otros que vendrán en una próxima edición, como el que aquí adelanta EL MUNDO.

Siempre fue más lejos y más rápido. Resulta difícil de alcanzar el grado de precisión que tuvo para interpretar la República, a la que fue leal y ante la que se mantuvo alerta. Se definió como «pequeño burgués liberal», sofisticado de más para una época emocional y política de casquetes polares. Al fascismo le tomó pronto la medida y adivinó el desastre que alojaba. Como el comunismo. Aquí en España ejerció de escéptico (con preferencia republicana) y estilizó una prensa al margen de la inercia de partidos. Ese cambio de paradigma cultural se lo debemos. Tuvo pasión y claridad, equilibrio tan difícil. «Le ocurre como a los buenos escritores», apunta Garmendia, «que no fallan casi nunca». También entendió Europa bien temprano. Y cuando llega la Guerra Civil sabe dónde situarse: en el lugar de ninguno, donde más golpea la barbarie. «Me expatrié cuando me convencí de que nada que no fuese ayudar a la guerra misma podía hacerse ya en España». Murió en Londres en 1944, a los 47 años. Fue sepultado en una tumba anónima. Tuvo un éxito de primerísima calidad y un final terrible. Escribió como no lo hizo nadie en un país de masoquistas capaz de olvidarlo por disparar tan de cerca con las palabras más vivas.



La silueta del madrileño en el nuevo paisaje urbano

Tenía mi padre en un rincón de su biblioteca una arca vieja repleta de estampas que había ido reuniendo a lo largo de su vida. No era aquella una verdadera colección ajustada a un criterio histórico o artístico, ni siquiera estaba regida por una de esas monomanías tan pintorescas que estrechan y encauzan en determinado sentido los instintos de hurón que suelen tener los

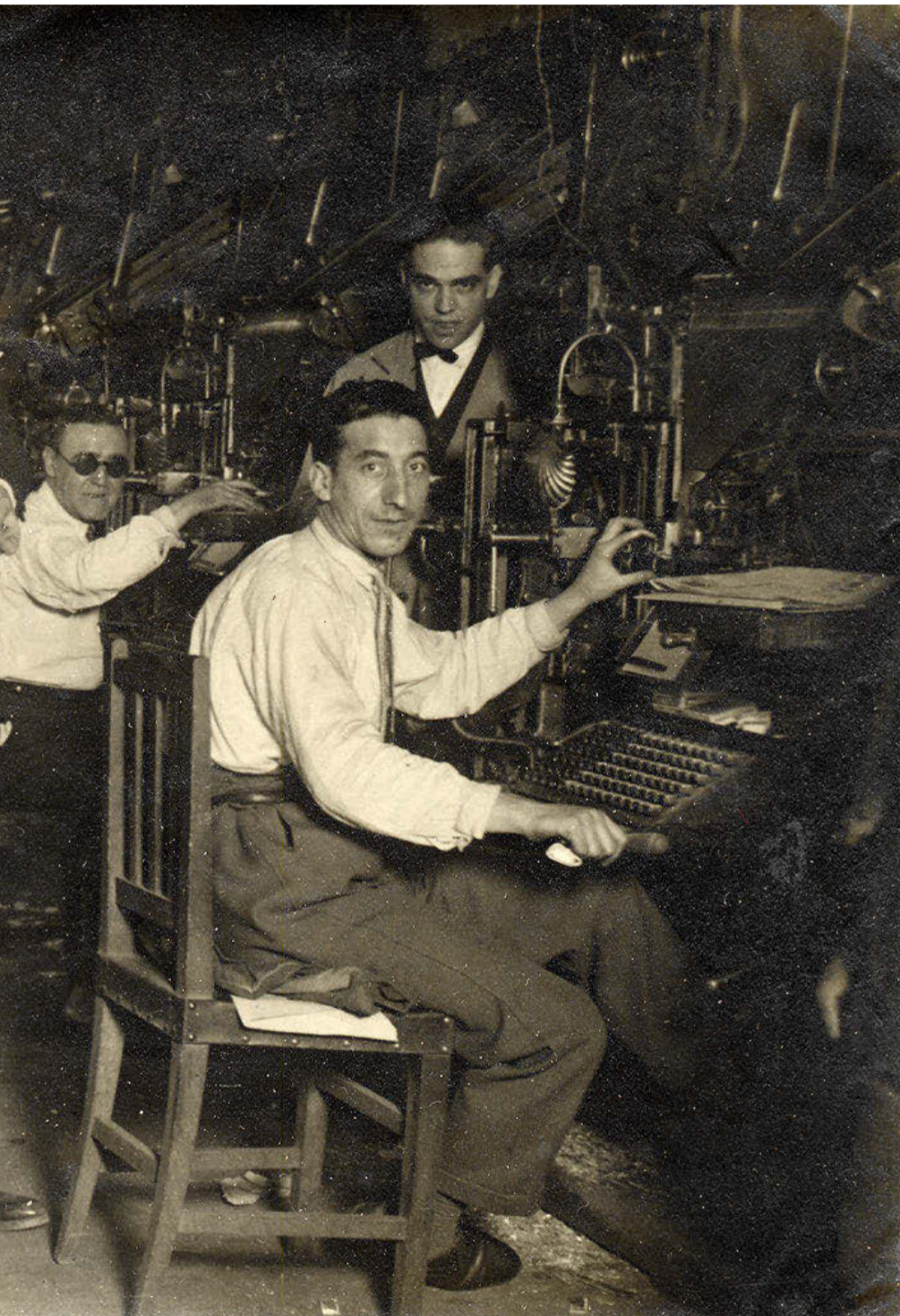
coleccionistas profesionales, es decir, los coleccionistas de tipo patológico. Creo que mi padre empezó a echar en aquel apolillado arcón los pliegos de aleuyas que en su adolescencia aún se daban a los muchachos como reglas de conducta moral y que, después, ya hombre y erudito, siguió guardando allí todo trozo de papel en el que

perdurase gráficamente un aspecto cualquiera de la vida española en los últimos años del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX. Y así con las estampas de tarifable valor mezclábanse en aquel arcón otros papeles cuyo mérito era difícil y a veces imposible aquilatar; entradas de teatros y toros, menús de banquetes políticos, prospectos, anuncios, carteles, tarjetas de visita y felicitación por Pascua, bandos municipales, programas y mil cosas más que han perdido ya su significación triturada por el tiempo.

Uno de los grandes placeres de mi adolescencia era levantar la pesada tapa de aquel arcón y ver las estampas. El documento gráfico hierde hondamente la sensibilidad del niño, y yo conservo desde entonces indelebles las huellas que en mí marcaron aquellos grabados que reproducían con una dureza y un realismo terribles las escenas culminantes de la vida española en los últimos tiempos. La muerte de

Daoiz, la jura de la Constitución por Fernando VII, el suplicio de Riego, la defensa de la escalera de Palacio por el general Duce, el fusilamiento de la madre de Cabrera, la muerte del general Canteras, la sargentada de la Granja, la entrada en Madrid de don Amadeo de Saboya, la guerra de África y el asesinato del general Prim son para mí hechos vividos, vistos con una corporeidad que no han sabido darme nunca las minuciosas reseñas históricas ni los documentos gráficos contemplados posteriormente, cuando ya la sensibilidad yace acobardada por el espíritu crítico.

De entonces, de aquella absorta contemplación de estampas cuyo sentido yo no sabía alcanzar, conservo también una curiosa visión del paisaje de España deducida de aquellos grabados en madera y acero que reproducían el panorama de nuestras ciudades. Y conservo –lo que más me interesa ahora– una visión



En las máquinas.
Manuel Chaves
Nogales en los talleres
del rotativo 'El Heraldo
de Madrid', en la década
de los años 30. ARCHI-
VO DE LA FAMILIA CHAVES

fundamental de la villa y corte de Madrid.

*
En la *Exposición del Viejo Madrid* que ahora se está celebrando he hallado de nuevo con gran alborozo de mi alma aquellas estampas de mi infancia y gracias a ellas mi primera visión elaborada arbitrariamente por

un esfuerzo mental que tomaba unas vistas aisladas como puntos cardinales para el levantamiento de un panorama ideal, se ha acendrado y, al fin, ha conseguido identificar esta gran ciudad de hoy tan amalgamada, tan contradictoria y falta de carácter con aquella villa de estructura romántica que yo había inventado.

No conocerá Madrid ni sabrá admirarlo quien no conozca esta curiosa exposición organizada por la

Sociedad de Amigos del Arte. En la actual urbe sólo quedan latentes algunas sugerencias de la vieja villa; las evocaciones literarias –Galdós sobre todo– no permiten establecer la identidad de estos lugares urbanos de ahora con los de hace cien años; tan y tan radical ha sido la transformación. El caso de Madrid es el mismo caso dramático de Córdoba. No queda nada. En Córdoba todo ha sido arrasado por el tiempo; se han hecho polvo las viejas piedras sugeridoras de las pasadas glorias y hay que pensar que los vestigios de grandeza yacen ocultos en el subsuelo.

Pero Madrid no es siquiera una ciudad de subsuelo precioso; el Madrid legendario es un Madrid reciente, inmediato, que no está sepulto bajo el actual, sino que ha sido aventado en pocos años; los viejos lo recuerdan y aún se les ve perdidos en las modernas vías que recorren tanteándolas penosamente, en busca del rastro de los lugares tan amados de su juventud a los que han sobrevivido.

La gente nueva no puede imaginar fácilmente el esqueleto de esta ciudad de ahora –que era la ciudad de hace cien años– y sin esta referencia anterior es imposible comprenderla y admirarla. La actual calle de Toledo, por ejemplo, en sí no es nada; ya no es la calle de Toledo, llena de vida y de emoción netamente española que hundía su curiosidad en las raíces del indigenato tal como la vio Mesonero Romanos: «*Es una calle cualquiera, / camino de cualquier parte*» porque no la miramos de un modo subjetivo, como el contenido de algo, a la manera que tenía el poeta cuando estaba enamorado para mirar la calle de su amada.

La *Exposición del Viejo Madrid* inaugurada en el antiguo edificio del Hospicio tiene la virtud de convertir en enamorados de la villa y corte a quienes sin conocerla pasarían indiferentes por sus calles y sus plazas en las que el viejo espíritu madrileño se oculta pudoroso a la mirada

superficial del transeúnte que no sabe. Hay que recordar la estampa. Hay que adivinar estilizadas en las formas urbanas de hoy las líneas fundamentales de la villa desaparecida.

Pero, a pesar de ello, si Madrid no tuviese más que este encanto oculto, no valdría la pena. El nuevo Madrid, tan heterogéneo, tan absurdo, confuso y arbitrario va teniendo ya su carácter, su personalidad actual, su espíritu contemporáneo del nuestro. No hay que buscarlo en esos edificios monumentales que señalan el paso por la corte de las compañías aseguradoras, los bilbaínos enriquecidos por la guerra o las comisiones de concejales y arquitectos enviadas a Alemania o Norteamérica para estudiar la arquitectura de ciudades modernas. Todo eso, afortunadamente, no tiene importancia. Nuestros arquitectos no han tenido personalidad, no han logrado marcar la

ciudad con el sello de mal gusto con que han sido marcadas otras ciudades españolas. Madrid va formándose su carácter propio un poco inconscientemente, sin previa deliberación de técnicos, sin plan municipal, en las manos, sabias y prudentes de sus maestros de obra, de esos humildes limitados descendientes de los gloriosos artífices españoles.

Las formas urbanas se quintaesencian y depuran gracias al buen sentido de esos constructores de segunda fila que no ponen ostentosamente sus firmas en las fachadas de las casas. Un gran arquitecto es un serio peligro; el artista más genial del mundo desbarataría la ciudad más hecha si le dejaran acusar su arte sin limitaciones. Algo de esto ha ocurrido en Sevilla donde un buen arquitecto, Aníbal González, ha hecho demasiado ostensible su personalidad, admirable si se quiere, con daño de esa discreción, esa penumbra, esa anulación de la individualidad que supieron tener los constructores de los templos góticos, griegos o egipcios. Un hombre, por genial que sea, es demasiado poco para infundir su alma a una ciudad.

Madrid moderno va siendo la obra discreta de sus maestros alarifes, hombres de poca imaginación y buen sentido. El primitivo orgullo de la villa va rodeándose en círculos concéntricos de modernas vías en las que, a medida que están más distantes, las construcciones se destacan más limpias y sobrias hasta llegar a las rondas y finalmente a la cintura primorosa de la Ciudad Lineal, donde se adivina ya un Madrid futuro con casas confortables y hermosas, disimuladas en la uniforme corrección de una ciudad civilizada.

Desde la calle Jacometrezo, pasando por el barrio de Salamanca hasta llegar a la Ciudad Lineal la silueta del madrileño se ha ido estirando y acendrando hasta lograr un perfil europeo que indudablemente, cuando carecía de este fondo civilizado, no tuvo el hombre de Castilla.

El marqués de Salamanca, primero, y don Arturo Soria y Mata, después, dieron los dos grandes estirones a la figura borrosa y encogida del madrileño. Porque para la producción de un tipo, lo más importante es prepararle un fondo adecuado, darle paisaje. En el paisaje del barrio de Salamanca, primero, y de la Ciudad Lineal, después; la silueta espiritual del madrileño tenía que ser otra.

El panorama de Madrid, dentro de su ponderación y su uniformidad, tiene un encanto peculiar, íntimo; el que le da la supervivencia de su carácter propio a través de las modernas construcciones de tipo universal. Se han perdido para siempre los típicos soportales, los zaguanes estrechos y sombríos, las escaleras de madera saturadas de olor a repollo cocido, las buhardillas y las habitaciones, empapeladas. Pero resta invulnerable aquella concepción nuestra de la calle animada, llena de color y de vida, tránsito grato, prolongación del hogar, buen fondo para retratos. Calles con dimensiones proporcionadas a la medida humana, en las que el hombre se considera aún ente importante, en las que no hay esa trágica disolución de multitud de la calle neoyorquina o ese difumarse en urbanización de las vías londinenses o berlinesas.

El madrileño, en el paisaje escamondado de las rondas, es todavía nada menos que todo un hombre.

Artículo inédito en libro publicado en *La Ciudad Lineal. Revista de urbanización*, en julio de 1927, y que Libros del Asteroide incluirá en la segunda edición de la *Obra completa*.